

LA CRISIS DE LA IZQUIERDA Y LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA

1.- LA CRISIS DE LA IZQUIERDA ¿ES UNA CRISIS DE IDENTIDAD?

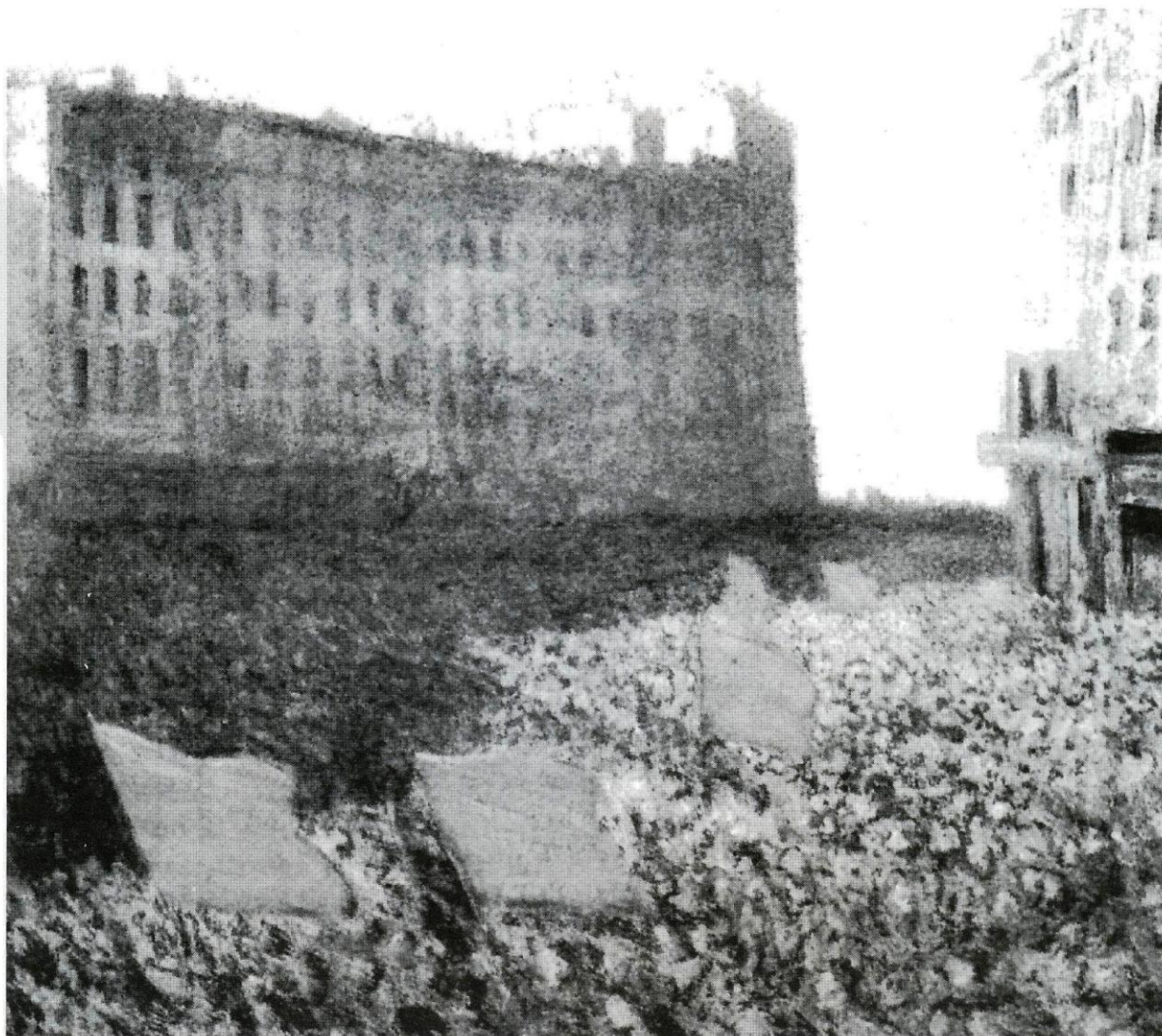
En la década de los noventa se convirtió en un lugar común referirse a la "crisis de la izquierda", como un hecho representativo de la coyuntura política. A pesar de que la izquierda de la década de los noventa conservaba en Europa Occidental y conserva todavía hoy importantes apoyos electorales. Y, se hablaba de "crisis", a pesar de que, en casi todos los países de esa área geográfica, se hallaba entonces gobernando o, siendo, la fuerza principal de la oposición. El hecho de que, entonces, conservara apoyos electorales considerables, demuestra que no se utilizaba el término "crisis" para significar con él solamente la decadencia de la influencia social de los partidos de la izquierda, sino, más bien para referirse a una situación defensiva de éstos, como consecuencia de hallarse inmersos en una fase de desorientación y de pérdida de los referentes ideológicos, que les habían definido y que constituían sus señas de identidad.

¿Cómo se expresaba esta desorientación? ¿Dura todavía? En estos momentos el debate sobre "la unidad de la izquierda" ha desplazado, parcialmente, la discusión de los problemas que se suscitaban sobre la identidad de la izquierda y sobre sus valores en beneficio de la discusión sobre su capacidad de alcanzar consensos políticos para gobernar. O para decirlo de otra manera, en beneficio de una controversia sobre las posibilidades de la izquierda, como fuerza de gobierno y como garante de la estabilidad de la democracia constitucional. Y, este hecho mismo, que la izquierda se interrogue menos por sus valores que por sus posibilidades de alcanzar el poder y de mantenerse en él ¿puede interpretarse como una expresión de esta crisis?

*Profesora titular de Historia de la Filosofía Antigua de la Universidad de La Laguna y ex-eurodiputada de IU.

Ciertamente, la desaparición de la bipolaridad vigente en la guerra fría supuso, tanto para la socialdemocracia como para la izquierda comunista un cambio de circunstancias que afectó profundamente a su identidad política y a su espacio social de influencia y ha constituido el arranque de cualquier reflexión sobre el sentido y sobre la viabilidad misma de un proyecto polí-

La confrontación entre la izquierda política y la izquierda social ha sido una constante en los diez últimos años en España. Confrontación que ha debilitado, sensiblemente, a las dos y que ha supuesto no sólo que IU contara con apoyos sindicales cada vez más reducidos, sino que el propio PSOE, en la última etapa de gobierno se encontrara enfrentado al sindicato que le



tico de izquierdas en el seno de una democracia constitucional. Pero, hay que reconocer que el espacio social de influencia había venido modificándose profundamente durante los últimos veinte años, y la prueba en favor de estos cambios la ha constituido los conflictos que la socialdemocracia y la izquierda comunista habían tenido con los sindicatos con los que había llegado a estar en abierta pugna en muchos casos, como ha sucedido en España, en la que se reprodujo una ruptura entre sindicatos y partidos, que ya había tenido lugar en otros países de la Europa Occidental.

era más afín, UGT. La historia de los desencuentros de IU y C.C.O.O. y del PSOE y UGT ha sido, no sólo la historia de la confrontación de sus líderes, como en alguna ocasión se ha pretendido, -reduciendo la cuestión a estilos personales-, sino, particularmente, la historia de una nueva redefinición ideológica, que respondía a los cambios acaecidos en la realidad social. Uno de ellos, el aumento imparable del desempleo y la exclusión. Y este antagonismo, no deja de llamar la atención, como síntoma de la "crisis", en la medida en que la izquierda social, históricamente, ha cumplido el

papel de dar a la izquierda política una base estable de consenso. Aunque esta última, en diversos momentos, había sido complementada por la acción agitadora de los partidos de izquierda a través de cooperativas, organizaciones de asistencia, círculos de discusión y periódicos que actuaban, **en la práctica, como instrumentos de integración social** de éstos y de la ideología que representaban, contribuyendo al reforzamiento de su identidad y a la difusión de los valores que se asociaban al proyecto político que defendían.

La expansión de esa red de apoyo en el ámbito económico, social y cultural, suponía para la izquierda la posibilidad de abrir nuevos espacios de influencia a su proyecto político y de asociar a éste sectores sociales nuevos, que eran remisos a darle su apoyo, como ocurrió en la década de los sesenta con los sectores de cristianos de base. Pero esa tendencia ha sufrido una profunda involución.

Así, que puede decirse que la desaparición de la bipolaridad afectó más la estructura de su identidad política que a la conservación de su espacio social, que había ido, como se ha dicho, transformándose. A fin de cuentas, su identidad política era lo que había sufrido menos transformaciones. Durante la guerra fría la socialdemocracia y la izquierda comunista habían cristalizado, como opciones políticas antagónicas, tanto por los objetivos asumidos, cuanto por el grado de radicalidad de los proyectos sociales que propugnaban, pero, en ambos casos, eran representativas, como tales opciones, de una estrategia dirigida a la consecución del progreso social. Eran los medios para traducir ese objetivo a realidades lo que les diferenciaba. Los socialdemócratas aceptaban como ámbito de acción las instituciones liberal-democráticas y admitían, dentro de ciertos límites, la función positiva del mercado y de la propiedad privada, que los comunistas rechazaban.

2.- LA IDENTIDAD SOCIALDEMÓCRATA Y LA COMUNISTA. UNA IDENTIDAD "SUI GÉNERIS": EL POSTCOMUNISMO

¿En qué consistían esas diferencias que les distinguían? La socialdemocracia se presentaba como garante de la libertad en el proceso de consecución del socialismo, que se denominaba "democrático" como un hecho diferencial, mediante un proceso gradual e ininterrumpido de reformas económicas e institucionales. El progreso no se daba por saltos revolucionarios, sino por pequeñas modificaciones sectoriales y funcionales. Mientras la izquier-

da comunista ponía en cuestión, justamente, esta estrategia a la que consideraba ineficaz para ir más allá del estado asistencial. Los compromisos con las realidades económicas de la política reformista no conducían al socialismo, desde el punto de vista de los comunistas, sino que lo que hacía era **alejarse, engendrando, de paso, en la izquierda social una actitud disciplinada y sumisa** que favorecía el lucro capitalista. Las críticas comunistas más frecuentes a la socialdemocracia consistían en imputarle la responsabilidad de engendrar el conformismo en las clases asalariadas y provocar en éstas un desarme ideológico que las llevaba a la resignación, por lo que la socialdemocracia podía considerarse, como la mejor gestora del capitalismo.

No les separaba el fin, sino los medios. Ambas izquierdas coincidían en un planteamiento crítico respecto del capitalismo y de la propiedad privada y pretendían, igualmente, representar los valores de la igualdad, la comunidad, la fraternidad, la justicia social, la sociedad sin clases, la cooperación, el progreso y la paz. En fin, todo aquellos valores que conducían a la felicidad individual y colectiva y que, para la socialdemocracia podrían alcanzarse, mediante una acción tuitiva por parte del Estado dirigida a orientar el consumo, socializar las inversiones y redistribuir la riqueza.

Después de la caída del muro de Berlín y el retorno al capitalismo de los países del Este de Europa y de China las diferencias estratégicas, que caracterizaban a la izquierda socialdemócrata y la izquierda comunista se diluyeron, en la medida en que estas circunstancias pusieron en cuestión la posibilidad misma de escapar de la lógica capitalista. De hecho, en la década de los noventa la "crisis de la izquierda" es indisociable de la conversión del liberalismo económico en un dogma político universalizado, que adquiere carta de naturaleza en los programas políticos socialdemócratas en los cuales se reconoce al mercado, como el mejor instrumento para medir la eficiencia de las decisiones económicas. La aparición de la denominada "Tercera vía" constituye el ejemplo más ilustrativo de la influencia del neo-liberalismo y de su poder desestabilizador sobre valores básicos de la izquierda, entre los que se encuentra el valor de la solidaridad. En esas circunstancias, de aproximación de una parte de la izquierda al neo-liberalismo, como sucedió con el laborismo, la apuesta por el estado del bienestar constituyó una expresión de fidelidad ideológica a una identidad de izquierda y la perseverancia en el objetivo, tradicional, de transformar la sociedad.

3.-¿EN DÓNDE HA QUEDADO EL OBJETIVO SOCIALISTA Y QUÉ TIENE QUE VER ÉSTE CON LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA?

En todo caso, el objetivo final de la izquierda se ha vuelto más modesto. La izquierda ha pasado de proponerse el cambio del sistema económico y social a centrarse en el mantenimiento del estado de bienestar, que hasta entonces se había contemplado como un objetivo táctico -y, por consiguiente, una situación de carácter transitorio-. Ese cambio de actitud se debe a los temores que engendra la aplicación del liberalismo económico, que propugna dejar el mercado a sus propias leyes, autonomía que ha generado, en el pasado, un flujo constante de tensiones sociales que han amenazado la estabilidad de las instituciones y los valores democráticos. Pero, también, se debe al hecho de que el estado de bienestar, con todas sus limitaciones, ha supuesto niveles de seguridad de riesgos hasta entonces desconocidos. Ha servido para paliar la angustia que las incertidumbres de la vida engendra, sean éstas derivadas de la enfermedad, la vejez o el desempleo. No es gran cosa, pero la posibilidad de que estos niveles de seguridad desaparecieran ha provocado la movilización social y ha unido, circunstancialmente, a la izquierda social y a la política.

Lo que queda de ideología socialista, ya sea comunista, postcomunista (como es el caso del ex PCI en Italia) o socialdemócrata, a finales de la década de los noventa, se ha centrado en proteger el estado del bienestar contra los ataques del neo-liberalismo, porque es lo único que ha aglutinado a amplios sectores sociales, aunque éste no haya sido un instrumento lo suficiente eficaz, como para contrarrestar la pobreza o para generar una redistribución equitativa de la riqueza, y, aunque el desempleo y las bolsas de exclusión social hayan aumentado. Si acaso hay diferencias entre la izquierda comunista y socialdemócrata, se sitúan en la manera cómo debe articularse el estado de bienestar y dónde fijar sus límites.

Para los socialdemócratas y postcomunistas el estado del bienestar nos es incompatible con la aplicación controlada del liberalismo económico. Para los grupos comunistas existentes es incompatible con éste. Y, ese es el principal punto de fricción. Pero, si bien les enfrentan cuestiones como la flexibilidad del mercado de trabajo, la política de privatizaciones de empresas públicas, los controles a establecer en los flujos financieros y las entidades bancarias, las limitaciones a imponer a la propiedad privada y el papel otorgado a la planificación

económica, en la práctica, han dejado de enfrentarse por el modo de alcanzar el objetivo final, el socialismo en la medida que tanto éste como las vías para acceder al mismo tienen que ser redefinidas después de la desaparición del bloque soviético y el retorno de China al capitalismo. Las diferencias que aún se mantienen no son suficientes para definir hoy una identidad antagónica, como ocurrió en el pasado.

Los comunistas hoy son defensores más firmes del estado del bienestar que los socialdemócratas, lo que no deja de ser una ironía histórica. Pero, al margen de esas diferencias, la defensa de lo público y de la capacidad adquisitiva de las pensiones, la generalización de las prestaciones sociales o de la enseñanza pública, la desconfianza ante la capacidad autorregulativa del mercado y el apoyo a la emancipación de la mujer constituyen hoy las señas de identidad de la izquierda, de ambas tradiciones, y de los progresistas, en general.

4.- LA POLÍTICA DE ALIANZAS, COMO EXPRESIÓN DE CAMBIOS DE LA IDENTIDAD IDEOLÓGICA

Pero estas coincidencias, así como el aplazamiento, sine die, del objetivo último, del que se habla poco o nada, ha vaciado de contenido las estrategias antagónicas que diferenciaban a ambas izquierdas y han puesto en entredicho la confrontación entre ellas. De manera que la política de alianzas ha cobrado un protagonismo desconocido hace dos décadas. El hecho de que en Francia e Italia hayan cristalizado acuerdos políticos, que han conducido al poder a amplias coaliciones, de carácter progresista, y haya gobiernos, en el que participan codo con codo, con otras fuerzas, socialdemócratas, postcomunistas y comunistas, son prueba fehaciente de la pérdida, paulatina, del antagonismo objetivo entre las fuerzas de la izquierda.

Acentúa este hecho el que los acuerdos se han concluido en situaciones normales de alternancia en el poder y el que no hayan sido un producto, como lo fueron, en el período de entreguerras, de los frentes populares instaurados en España y Francia (1935-1939), que respondían a una situación de emergencia democrática, como la que suponía el triunfo del fascismo. O de crisis de la gobernabilidad de una sociedad desestructurada, como ha sucedido con algunas coaliciones políticas progresistas en algún país latinoamericano, que han sido la expresión de una voluntad de salvaguardar no sólo la democracia, sino, también, la cohesión de una comunidad política puesta en peligro.

¿Qué ha cambiado para que esto ocurra? ¿Por qué se han amortiguado las diferencias? Hay muchas razones, pero se pueden señalar tres fundamentales:

1.- La gobernabilidad de una sociedad tiende actualmente, cada vez más, a alcanzarse, mediante el logro de consensos sociales muy amplios en el que la imposición de hegemonías provoca inestabilidad. Y los partidos de izquierda están interesados en mantener una situación de crecimiento económico estable que no ponga en peligro las conquistas sociales alcanzadas. Pero, también, están interesados en ello los partidos de la derecha. De ahí, el afán de todos por representar a amplios sectores sociales y su alejamiento de los denominados "extremismos".

2.- Los viejos partidos, tradicionalmente, conservadores han adoptado, parcialmente, el discurso de la izquierda, presentándose como opciones, a su vez, de "progreso", pero defendiendo, también, la estabilización. Aquellos que se muestran "extremistas" en la defensa del mercado, pierden apoyo social. Así la polaridad izquierda/derecha se reduce y pierde significado y, de ahí, que vivamos en un momento político en que todos parecen ser centristas y progresistas. Nadie se reconoce de otro lugar, salvo aquellos que se atribuyen a sí mismos - y a sus siglas- el derecho exclusivo sobre la reivindicación nacionalista, que asumiendo ésta parecen pensar que quedan eximidos de caracterizarse de otra manera.

Ante una oferta tan coincidente puede parecer que votando a cualquiera, los ciudadanos eligen lo mismo. De modo que el voto se decide muchas veces por la capacidad del candidato de suscitar apoyos, generar confianza e inspirar simpatía. Así que, cada vez más, cobra una especial preponderancia en la oferta electoral el carisma del candidato.

Este hecho ha afectado a la definición ideológica de los partidos de izquierda y ha provocado, a causa de los corrimientos habidos en su suelo electoral, la desorientación en los aparatos partidarios incapaces de asumir que parte de la clase asalariada vota a la derecha. Su electorado se ha vuelto inestable. Aunque hay que decir que es inestable, también, el electorado de la derecha. Sólo hay una parte del electorado que es fiel a una y otra: el más ideologizado. Pero el porcentaje de apoyos estables no es suficiente, para gobernar. De ahí que derecha e izquierda compitan por una misma franja electoral, la de los indecisos, que viene, a fin de cuentas, a ser la decisiva.

Pero, tanto para la izquierda, como para la derecha, los peligros que corren llegando muy lejos en

el intento de conquistar esa franja de indecisos son los mismos, porque pueden perder su electorado constante, el ideologizado, que se va a la abstención. Con todo, ninguna de las dos pueden dejar de considerar, en su oferta programática, la franja de indecisos -que va en aumento-, si quieren gobernar y esto afecta tanto a la credibilidad de sus promesas cuanto a su propia identidad ideológica. Hoy, en unas elecciones, nadie es lo que era.

3.- Los partidos políticos están en crisis. La credibilidad del sistema de partidos está en Europa Occidental bajo mínimos. De manera que cuando se habla de la crisis de la izquierda no debemos obviar uno de los aspectos más recurrentes de esta crisis: el creciente distanciamiento de la sociedad civil de los partidos, cuyas estructuras representativas internas han empezado a resquebrajarse y a perder solidez, incluso, respecto de sus propios afiliados. Y, por supuesto, la pérdida de credibilidad política de los partidos presupone la pérdida de la confianza de una gran parte del electorado, lo que se traduce en una creciente abstención de votantes en las convocatorias electorales. Una abstención compleja, formada por una parte de la franja de indecisos, que, finalmente, no han sido atraídos por ninguna de las opciones políticas en pugna ni por parte del electorado fiel a esas opciones que, sintiéndose desengañado le niega, circunstancialmente, su apoyo. Podría decirse que, en la abstención, se reúnen los que no tienen ideología y los que la han asumido, como seña de identidad política, y no están dispuestos a transigir con los valores que ésta representa.

Al aumento de la abstención se suma la creciente reducción de la participación de la ciudadanía en la acción política. Tal vez, porque la impresión que la propia ciudadanía tiene es que interviene, cada vez menos, en los procesos de configuración de los programas políticos, de la selección de candidatos, y, por supuesto, de estar excluida de la formulación de las estrategias de alianzas; o cuando no tiene la impresión de que el discurso político es un discurso de iniciados para iniciados; o bien acaba por pensar que los aparatos partidarios son en realidad sindicatos de intereses, que actúan, con su propia lógica, al margen de las propias ideologías.

5.- CÓMO AFECTA LA CRISIS DE LOS PARTIDOS A LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA

¿Están en crisis los partidos de izquierda, o se han librado de ella? Ya no puede decirse de ellos



que constituyan el instrumento privilegiado de inserción de sectores cada vez más amplios de la sociedad civil en el sistema político, porque han ido perdiendo su capacidad de organizadores y movilizadores de masas. En sus orígenes, el nacimiento de los partidos está marcado por el progresivo aumento de la demanda de participar en el proceso de formación de las decisiones políticas, pero los partidos tienden hoy a aparecer como monopolizadores excluyentes de lo político. Y los partidos de la izquierda no están libres, a los ojos de la ciudadanía, de ese pecado. De modo que la crisis les ha alcanzado.

Por otro lado, los partidos de izquierda se resienten de males propios. Así, los socialdemócratas han experimentado una acomodación pasiva y fatalista al neoliberalismo y sus dogmas, pero, también, los partidos comunistas han visto crecer el rechazo a los métodos tradicionalmente empleados para mantener la cohesión. Métodos que han empobrecido el debate interno, al convertir la cohesión en una cuestión de unanimidad, imposibilitando, con ello, el pluralismo de los valores, a la vez, que lo defendían para el conjunto de la sociedad. De hecho, las estructuras organizativas de los partidos comunistas han tendido a ser caudillistas y se han mostrado incapaces de cumplir el imperativo de la democracia interna, porque han convertido la cohesión en un fin en sí mismo. De ahí, que la cooptación haya jugado, históricamente, un papel singular como instrumento de promoción interna.

Pero el caudillismo engendra la desconfianza del ciudadano de sentido común, al que le cuesta creer que el pluralismo pueda ser defendido por quien, en su práctica interna, se muestra contrario a éste. Y, si bien, el caudillismo ha sido tradicional en la derecha, ha sido denunciado, sistemáticamente, por la izquierda, que ha caído en el mismo vicio que denunciaba. Todo esto ha conducido a que la izquierda vea cada día debilitarse su capacidad de organización de masas, en favor de los liderazgos mediáticos que han ido ganando terreno en las últimas décadas. Los partidos de izquierda, como los de la derecha, han sido presos de sus líderes.

Así que podría decirse que la pérdida de capacidad de indignación de la izquierda ante los problemas e injusticias de nuestra época histórica, unida a las divisiones internas, los casos de corrupción y su ampliación mediática -que de paso ha provocado un grave descrédito del sistema democrático- han desembocado en una debilitación de los partidos de izquierda. Éstos han perdido afiliación y han visto reducirse ostensiblemente sus apoyos militantes, pero también en aquellos que provenían del sistema de apoyos tradicionales que se ramificaban, en todos los niveles de

la sociedad civil, desde el económico, el cultural y el político. Las redes de apoyo constituidas que otorgaban a los partidos de izquierda más poder de influencia del que le otorgaban los votos se han roto, dejándoles en una situación nueva de vulnerabilidad a la que no estaban acostumbrados.

La militancia de los partidos de izquierda inmersos en casos de corrupción se ha tenido que enfrentar a la situación de una conciencia escindida: por una parte, el partido representa un conjunto de valores compartidos; por otra, esos valores han sido objeto, repetidas veces, de manipulación, encubriendo tras ellos acciones delictivas. Ante esta circunstancia la respuesta de la militancia ha sido desigual, la más acrítica se ha sentido víctima de acosos mediáticos y ha seguido otorgando autoridad moral a las direcciones de los partidos. La más reflexiva se ha visto constreñida, para salvaguardar los valores asumidos como guías de acción, a practicar un distanciamiento emocional de los aparatos partidarios, con los que ha dejado de identificarse. Y, en los casos más extremos, ese distanciamiento le ha llevado a la ruptura con el partido mismo y, por consiguiente, a la desafiliación.

6.- EL CONSENSO SOCIAL, COMO OBJETIVO

Este conjunto de problemas ha supuesto para los partidos de izquierda la necesidad de plantearse las políticas específicas, en general, y la de alianzas, en particular, desde otra perspectiva, porque parten del reconocimiento de su incapacidad para movilizar a la sociedad y para generar en ella interés por un proyecto político, cuyas diferencias con la realidad existente no siempre son visibles para la ciudadanía. Así, las cuestiones abiertas hoy no buscan definir qué objetivos estratégicos se pretenden alcanzar ni cómo alcanzarlos, sino cómo obtener un consenso social. Por eso la pregunta no gira en torno a cómo gobernar, sino con quién gobernar.

Pero esa nueva perspectiva, aunque insatisfactoria, ha significado cambios interesantes: a) la desaparición de la cultura de la confrontación en la izquierda, que tantos beneficios históricos ha reportado a la derecha, b) el reconocimiento de que, en parte, su debilidad se debe a la división existente entre ella y c) la afirmación de su autonomía, mediante la definición de objetivos no referidos a ámbitos ideológicos externos.

Un ejemplo de lo que he venido diciendo lo constituye el pacto de la izquierda en España, PSOE e IU, que tiene, sin duda, debilidades, debidas, sobre todo a cómo se negoció el acuerdo y a cuándo se

negoció. Porque las alianzas no son positivas ni negativas en sí mismas, depende de lo que se haga con ellas. Pero, aún siendo un pacto tardío e incompleto, y, tal vez, por este motivo, incapaz de sacar al electorado de su escepticismo en las elecciones del 12 de marzo, ha supuesto un avance. Se habrá roto con él una dinámica de enfrentamiento que ha debilitado a ambas fuerzas políticas en la década de los noventa y las ha aislado en cuestiones cuya solución ha sido básica para el país, como la reforma del Estado de las Autonomías, los problemas de la financiación de éstas, y el gravísimo problema del desempleo. Ese aislamiento mutuo ha debilitado hasta hoy sus posiciones en las instituciones y ha reducido su capacidad de maniobra, en la izquierda que ha estado en el poder y, de influencia social, para la que ha estado fuera de él, lo que ha desembocado en una mayor autonomía del mercado respecto de la política.

Desde luego, la desaparición de la cultura de la confrontación entre la izquierda, con ser mucho, no basta para ganar el apoyo social. También es necesario un proyecto que saque a los ciudadanos del escepticismo, pero, es obvio, que el diálogo puede favorecer más la aparición de un proyecto que la confrontación. Ahora bien, en ese proyecto tienen que comprometerse, si se pretende que tenga éxito, a medio plazo, una franja importante de la izquierda social y de la izquierda política que hoy no está representada en las siglas de ambos partidos y que por la propia evolución histórica de la izquierda están fuera de ellas.

De hecho, el progresismo radical lo ocupan hoy los nuevos movimientos sociales, como el feminismo, la ecología, o los movimientos por la paz o por los derechos humanos. Mientras, crecen nuevas tendencias radicales que demandan la creación de nuevas formas de participación, al margen de los partidos. Y las alianzas propuestas se cierran entre partidos cristalizados, con aparatos dirigentes muy resistentes. Sin embargo, ¿pueden éstas acabar sirviendo sólo para reforzar, únicamente, las estructuras partidarias y, en particular, a sus aparatos dirigentes? ¿O pueden servir para ampliar el consenso social y dar a éste una base estable? Desde luego, la ampliación del consenso sólo puede darse a través de la reconciliación entre la autonomía y la interdependencia, entre individuo y comunidad, de modo que haya un equilibrio entre la autonomía y la solidaridad. Y para lograr ese objetivo las dos tradiciones de la izquierda, la socialdemócrata y la comunista, pueden, finalmente, resultar complementarias.